

Autoridad para hablar*

L I N D A E G A N



GATO UNIVERSITARIO TREPADO SOBRE
¡CARLOS MONSIVÁIS!

* Linda Egan, *Carlos Monsiváis. Cultura y crónica en el México contemporáneo*, traducción de Isabel Vericat, FCE, México, 2004.

Carlos Monsiváis es el cronista más reconocido de México, no sólo por su evidente erudición y habilidad artística, sino también porque ha cultivado a lo largo de cuatro décadas una presencia pública que es aceptada como confiable por una mayoría abrumadora. Considerado como singularmente bien informado, responsable y moral, Monsiváis está autorizado por su propio profesionalismo para hablar a México sobre México como ningún otro en México. Monsiváis es “el mejor conocedor de la sociedad mexicana... Quien no lo ha leído no conoce el país ni a su gente” (Benítez, 4). Para su colega y amiga cercana, la cronista Elena Poniatowska, sus análisis de los movimientos sociales encauzan al pueblo mexicano hacia un futuro más deseable: “su lealtad a la cultura popular, su crítica al gobierno, su insistencia en la eficacia de la sociedad civil le ha dado a México una quilla” (“Monsiváis: cronista”, 6).

Si Carlos Monsiváis es “poseído” singularmente por sus lectores (Castañón, 19), es en parte porque éstos identifican al hombre con el periodista que habla en sus textos. Los narratólogos han trazado y nombrado las capas del discurso de ficción que un lector (real) ha de atravesar desde el narrador pasando por el autor implícito hasta llegar al autor virtual o real. No obstante, a los escritores de discursos empíricos se les concede una ventaja convencional: se alienta a sus lectores a que partan del supuesto de que el narrador de una historia o de un artículo periodístico es también el individuo de carne y hueso que seleccionó y ordenó las palabras (por ejemplo, Cohn, “Signposts”, 792; Genette, *Narrative Discourse*, 213-214).

Si se piensa que el autor implícito de, en este caso, una crónica es un portavoz creíble, entonces es probable que su representación figurativa como narrador también sea tomada como singularmente “autorizada” para hablar. Este aspecto técnico de la recepción es capital para decidir si un narrador habla de la verdad o de la ficción y volveré a ello cuando aborde la cuestión de la especificidad del género de la crónica. De importancia constitutiva previa es la autoridad que se percibe en el cronista como ser ético y como testigo experto.¹

¹ En este contexto, no me refiero a ninguna “autoridad para hablar” que el gobierno u otras agencias puedan conceder a un

Como él mismo lo reconoce y por el testimonio de sus amigos, no es fácil que Carlos Monsiváis se dé a conocer.² “La persona más pública y notoria coincide en Monsiváis con la persona más reservada y aun recóndita que conozco”, dice José Emilio Pacheco, amigo y colega de Monsiváis desde que eran jóvenes. Monsiváis “se nos escapa siempre, se pone a salvo, no se deja cercar” (39). Para aquellos a los que permite la entrada a los perímetros de su intimidad, sin embargo, hay calidez y mucho más. Elena Poniatowska considera que Monsiváis es el más generoso de los amigos para compartir sus conocimientos e irradiar una enorme compasión. A partir de los años setenta, “Monsiváis se convirtió en el consejero auricular universal... Todos somos deudores de su número telefónico” (“Décadas”, 9-10). Este tipo de testimonios procedentes del círculo interno de Monsiváis refuerzan el humanitarismo que perciben los que lo conocen sólo a través de sus escritos y de lo que otros dicen.

Carlos Monsiváis Aceves nació el 4 de mayo de 1938, hacia el final del sexenio presidencial de Lázaro Cárdenas (1934-1940). En vísperas de los cambios vertiginosos que iban a suceder con la rápida industrialización en las décadas de mitad del siglo, el dirigente más reverenciado de la época posrevolucionaria de México condujo a su país hacia la izquierda y le hizo cruzar el umbral de la modernidad secular con enérgicos esfuerzos para poner en práctica las reformas agrarias, laborales y religiosas prometidas por la Revolución de 1910, la Constitución resultado de la misma (1917) y la subsiguiente rebelión cristera (1926-1929). Estos desafíos al orden tradicional de la Iglesia incluyeron la inauguración de un programa de enseñanza socialista en las escuelas. El bebé Carlos Monsiváis

escritor; en otras palabras, aquí no aludo a ninguna posible censura o amenaza, percibida o real, al escritor. La relación histórica entre intelectuales y poder en México es un tema importante sobre el que no se hace hincapié en este estudio. Yo me centro en la percepción que tiene el lector del cronista como un escritor bien informado, ético y competente de verdades documentables; mi interés es, en otras palabras, la credibilidad del periodista literario como un componente de lo que se expondrá como una teoría de la crónica contemporánea

² “Mi imagen de mí mismo es de una gente muy aloof, muy retirada, muy distanciada, que no concede y por lo tanto no espera demasiado de los demás”, ha dicho (Egan, “Entrevista”, 18).

retozaba, aprendía a sentarse y empezó a definir su primer ser en el seno de una familia cuáquera profundamente religiosa en un México aún no urbanizado. Pero el peso en México de una población que proliferaba estaba empezando a desplazarse lejos de las zonas rurales. La tecnología, sobre todo en las comunicaciones, llegó a ser un importante imán que atraía a la población indígena hacia la vorágine de una ciudad capital en rápido crecimiento.

El cine coloniza la conciencia

En México, la cultura de la radio ya era fuerte en la década en que nació Monsiváis; cuando el cine mudo, que había cautivado a los espectadores mexicanos desde los primeros años del siglo, adquirió sonido, las películas dominarían rápidamente la conciencia colectiva cultural de arriba abajo en toda la jerarquía social. En su Edad de Oro (1930-1950), el cine sería muchas cosas para el país en desarrollo; entre otras, compensaría una falta general de alfabetismo y de participación cívica, escribiría melodramáticamente el guión de la retórica nacionalista del gobierno y remodelaría el punto de vista que tenían de sí mismos el mexicano y la mexicana (Monsiváis, *A través*, 67, 74-78, 165).

Ir a la escuela viendo películas

Monsiváis observa que el carácter excesivamente sentimental del cine mexicano, en especial en los años cuarenta, reflejaba una visión colectiva del mundo que estaba profundamente marcada por el melodrama sacrificial de un populismo católico centrado en su culto a la Virgen de Guadalupe. El cambio de la veneración de la Madre indígena abnegada a la veneración de la mujer sacralizada y sacrificada de la industria cinematográfica se dio suavemente. Monsiváis observa que el cine reelabora la cultura oral y, junto con la radio, contribuye a labrar una gran empresa en aquellos años: la asimilación de la tecnología, economías industriales y comodidades domésticas que en cierta manera compensaban las fluctuaciones en un México atrapado en la transición. En la capital, específicamente, “el cine es la escuela de las psicologías individuales, es la visión de lo deseable” (*A través*, 60).

La pantalla de cine es en suma la conciencia arquetípica con la que la sociedad mexicana dialogó sobre sí misma de 1932 en adelante (91). Mientras tanto, fuera de los cines, el vehículo de motor iba acelerando la transformación en los ámbitos comerciales y sociales. Aprovechando algunas grietas incipientes en el muro inmutable del patriarcado, las mujeres habían empezado a reclamar un lugar en la vida pública y estaban organizando una campaña por el voto, que conquistarían justo cuando Carlos Monsiváis estaba aprendiendo a hacer reportajes sobre acontecimientos públicos.³

Distancia crítica

Monsiváis había empezado a cultivar su talento para participar en la sociedad desde una distancia crítica a partir del momento en que su madre, Esther, le enseñó a leer (Menocal, 17). Cuando recuerda una infancia que pasó adquiriendo libros y asimilando su contenido (Monsiváis, *Monsiváis*, 18), Carlos Monsiváis indica que él siempre se sintió de lo más cómodo entre “los voyeuristas sociales” (Monsiváis, *Escenas*, 346); se convirtió en un observador que era testigo de la vida nacional a una distancia que iba a ser moral en la medida en que era intelectual. Muy temprano se le inculcó el hábito (que le duraría toda la vida) de leer diariamente la Biblia en un hogar caracterizado como fundamentalista protestante (Monsiváis, *Monsiváis*, 15). “El pecado fue el tema central de mi niñez y la idea de algún modo... ha seguido rigiéndome hasta ahora”, dice cuando ya a los 28 años se le pide una autobiografía (15). Desde su atalaya de observador, bien cimentada sobre conocimientos sagrados y seculares, Monsiváis

³ Una tarea escolar llevó al campo a Carlos Monsiváis a los diecisiete años, cuando era estudiante de la Universidad Nacional Autónoma de México, a recabar opiniones de mujeres y hombres de la calle sobre el impacto del recién concedido voto a las mujeres (Monsiváis, “Día de la primera votación”). Cuarenta y seis años después, en la primera elección que el partido en el poder había perdido en setenta y un años, Monsiváis observa que “en el año 2000 la participación femenina ha sido extensa... Se extingue la antigua subordinación... Las mujeres políticas son ya el hecho a partir del cual se construye la novedad llamada cambio histórico” (Monsiváis, “Viaje de un largo día”).

DOS MEXICANOS LLEGAN A MADRID. DECIDEN IR AL CINE. COMIENZA LA PELÍCULA, Y ¿QUIÉN APARECE EN LA PANTALLA? ¡CARLOS MONSIVÁIS! ¡Y CON SARITA MONTIEL!



nutriría su conciencia mientras recolectaba datos sobre su sociedad.

Con modesta ironía él confiesa no haber tenido nunca inclinación por la gloria atlética sino haber cedido en cambio a una especie de “pornografía: el alumno Monsiváis, de Sexto A, propone la creación de una biblioteca” (Monsiváis, “Viaje al corazón”, 6). Informalmente, como si su educación fuera como la de cualquiera, Monsiváis revela que se zampó a Homero y Virgilio y a los clásicos protestantes en la escuela primaria, pasando de inmediato a Gómez Nerea, Jane Austen, Dickens y otros maestros de la sátira, Martín Luis Guzmán, Rómulo Gallegos, Eugenio Sué y Euclides da Cunha, por no mencionar a Batman y Robin, los clásicos de Billikins, Zane Grey y Agatha Christie: “Mi descubrimiento del mundo literario y mi renuencia a sumarme a las acciones mayoritarias me redujeron a la condición de simple testigo” (Monsiváis, *Monsiváis*, 41).

Nacido en la pequeña burguesía, Carlos Monsiváis reconoce que llegó a la edad adulta sin experimentar en lo personal la miseria económica que —vivida por otros— sustenta su voluntad de hacer la crónica del

México no contado (Menocal, 22). Pero hijo protestante del divorcio en una sociedad predominantemente católica, supo del acicate que significaba pertenecer a una minoría no apreciada. Sus circunstancias familiares “sospechosas” y su religión, además de la franca inclinación libresca de Monsiváis, lo sometieron desde temprana edad a la inquina y el resentimiento (Monsiváis, *Monsiváis*, 15). Hoy vive en donde creció, en una confortable casa de la colonia Portales, entonces una zona en las tranquilas afueras de la capital y en la actualidad un barrio de clase obrera tragado por la ciudad más grande del mundo y de más rápido crecimiento. Su pasión por la literatura no era exclusivamente el mecanismo de defensa de un niño solitario; cuando fuera grande, él quería a fin de cuentas ser bombero (61). Aun así, en retrospectiva, Monsiváis ve que quizás no tuvo infancia (“Viaje al corazón”, 6).

Un reportero que participa en las noticias

Como uno de los testigos públicos más creíbles, Monsiváis no es por supuesto “simplemente” un observador.

Si se lee bien entre las escasas líneas autobiográficas que nos concede, y rescatando los raros detalles personales que deja caer en otros textos, nos enteramos de que practica una clase de periodismo personal que no le impide tomar partido y sí incluso valientes acciones para sostener sus convicciones. En 1961, él, José Emilio Pacheco, Benita Galeana y José Revueltas participaron en una huelga de hambre de 62 horas para protestar por la violencia ejercida contra los ferrocarrileros y por el encarcelamiento de disidentes políticos. Con su ojo humanizador para los detalles, Elena Poniatowska cuenta que vio al pequeño grupo de civiles que protestaban en la banqueta “arrebujados en las cobijas, desmelenados y ojerosos como niños a quienes el sueño se les enreda en las pestañas” (*Fuerte*, 82). Monsiváis, como es de suponer, desvía la potencial admiración con la confesión paródica: “Acepté un chocolate de manos de las Hermanitas Galindo” (*Monsiváis*, 47).

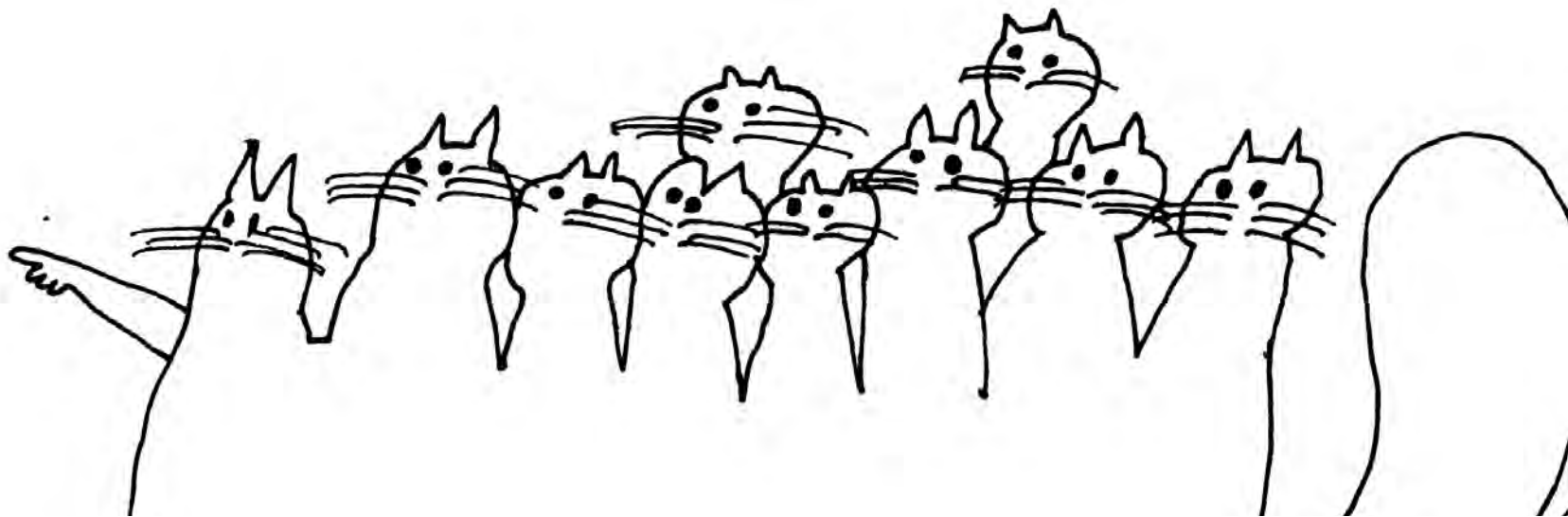
En una crónica de 1970, el narrador conscientemente impersonal llamado el *Observador*, de repente y por un breve momento entra en foco autobiográfico. A instancias de dos mujeres que, como Monsiváis, habían viajado a la costa de Oaxaca para observar un eclipse de sol, el narrador corre a indagar y, “al presentar su escuálida identificación de prensa, obtiene un trato... deferencial”, mediante el cual convence a la policía de que suelte a dos fumadores de “mota” detenidos en la playa (*Monsiváis*, *Días*, 101). Un año después, firma junto con otros una carta al director protestando por el despliegue de paramilitares estúpidos por parte del gobierno para atacar a los estudiantes que se manifestaban (*Sánchez Susarrey*, 29).

Para citar aquí un último ejemplo del tipo activo de periodismo de Monsiváis, mientras estaba en la ciudad de Tuxtla para recabar información para una crónica en 1987 sobre la violencia del gobierno contra

los maestros rurales, Monsiváis fue testigo de un acto de represalia brutal: la gente del pueblo agarra a un burócrata y toscamente le rasura la cabeza. Entonces el reportero da un paso y entra en escena para compartir su punto de vista didáctico: rasurar la cabeza del enemigo es un acto de desesperación inaceptable “en quienes encarnan la decisión democrática. Nada justifica ese atropello, insisto” (*Entrada*, 194). La gente del pueblo le replica recurriendo a incontables años de injusticia sufrida en silencio. Monsiváis no fuerza una solución del problema. El texto y las relaciones entre funcionarios mexicanos y ciudadanos rurales siguen sujetos a revisión.

Bufón del carnaval

Lo más frecuente es que Carlos Monsiváis comente la noticia sin actuar para crearla. Lo hace así consciente del valor de mantener una postura de outsider, una posición que considera que es naturalmente la suya como consecuencia de siempre haber sido “precoz, protestante y presuntuoso” (*Monsiváis*, *Monsiváis*, 12). Ésta es la actitud del bufón de Bajtín. John Docker caracteriza a las multitudes carnavalescas y a los rufianes como figuras de una mentalidad teatral que poseen el privilegio venerable de ser otros en este mundo, el derecho de no hacer causa común con ninguna de las categorías de la vida a la mano; el derecho a no participar, a estar en la vida pero no ser de ella, a ser espías perpetuos de la vida y reflectores; a hacer público lo que usualmente se considera y guarda... como privado... Tienen el derecho a mitigar el lenguaje y a enfurecerse, a arrancarse las máscaras... No se exceptúan de la parodia a sí mismas, de la burla, del ultraje, porque esas figuras no son sólo objeto del escarnio de otros, sino que también se ríen de sí mismas (199).



Como testigo carnavalesco, Monsiváis abrió pacientemente una senda singular a través de las culturas mexicanas, usando su ojo modelador de escenas para rastrear los detalles accidentales e inmóviles de la vida nacional y enfocarlos a fondo. El sinsentido y lo trivial producirían sus significados en el flujo sin fisuras de la historia-en-elaboración: su *pathos*, su irracionalidad y sublimidad. Al dramatizar “la enorme significación de los actos mayúsculos y minúsculos de la sociedad” (Monsiváis, “Guillermo Prieto”, 35), Monsiváis explicaría la presencia de la Máscara mexicana justo antes de arrancarla.

Esto lo haría con la capacitación y la disciplina adquiridas en los años cincuenta y sesenta. El novelista Sergio Pitol recuerda un día de 1957 cuando Monsiváis, ya supercomprometido a los diecinueve años y cayendo en el patrón de toda una vida, lo tuvo esperando en un restaurante. Pitol, cinco años mayor que el Poeta, como se conocía a Monsiváis en el ámbito universitario, quería que el escritor más joven diera una última mirada crítica a un manuscrito que Pitol esperaba publicar. En unas cuantas pinceladas impresionistas, Pitol describe el escenario de su reunión: una capital y un campo mexicanos que aún no habían visto dentro de sus almas a través de *La región más transparente*, un México listo para lanzarse desde la floreciente “nueva narrativa” de *Al filo del agua* (Agustín Yáñez, 1947) y *Pedro Páramo* (Juan Rulfo, 1955) a la explosiva y renovada narrativa de los años sesenta y setenta. En esa época de transición, un Monsiváis adolescente estaba buscando por todas partes el vehículo que lo llevaría por la vida, intentando poesía, guiones de radio, ficción breve y reportajes y crónicas.⁴ Al mismo tiempo, un Carlos

⁴ Monsiváis y Pacheco hicieron un pacto de no mostrar nunca sus primeros intentos de escribir poesía (J. E. Pacheco, 39). El interés del joven Monsiváis por el verso se extendió a un primer

Fuentes de veintinueve años dependía de una beca de escritor para ir apilando las páginas de su primera novela. Él, Sergio Pitol, José Emilio Pacheco, Salvador Elizondo y el joven Carlos Monsiváis trabajaban juntos para publicar el periódico literario *Medio Siglo*. El ojo escrupulosamente crítico de Monsiváis ya lo había convertido en el mentor de escritores mayores que él (J. E. Pacheco, 39).

Hostil al elogio de su propio trabajo, Monsiváis se iba a retirar “como una ostra que tratara de esquivar las gotas de un limón” (39). El elogio, y de altura, llegó de todas maneras a través de Carlos Fuentes, que quería que Monsiváis y Pacheco se incorporaran al personal del prestigioso semanario *La Cultura en México*, dirigido entonces por Fernando Benítez. Cuando vieron a Fuentes y Benítez juntos un día, ambos jóvenes huyeron, “muertos de timidez”, a esconderse en una librería (39). Unos años después, Carlos Monsiváis se encargó de dirigir el suplemento cultural que a lo largo de los sesenta y hasta entrados los setenta sería uno de los principales órganos de los intelectuales que llegaron a la mayoría de edad durante y después del Movimiento estudiantil de 1968.⁵ ●

golpe crítico: la antología de 1966 de poesía mexicana que recopiló con un brillante prólogo. De 1960 a 1970 Monsiváis dirigió programas para Radio Universidad, incluido “El cine y la crítica”, un laboratorio en el que descubrió el poder de la parodia “en un país barroco” (Monsiváis, 38). Durante un año (1962-1963), Monsiváis fue estudiante becado por el Centro Mexicano de Escritores. Pacheco, Pitol y Poniatowska respectivamente recuerdan un cuento publicado por Monsiváis en 1957, “Fino acero de niebla”. Fue un *tour de force* de la jerga hippy mexicana llamada la Onda y es muy posible que haya ejercido influencia sobre los novelistas de *la Onda* (José Agustín, Gustavo Sáinz et al.) que publicarían a lo largo de los sesenta y setenta.

⁵ Monsiváis fue jefe de redacción de 1972 a 1987.